

La noticia más terrible

Lo del 11 de septiembre de 2001 probó al máximo la capacidad de asimilación, de comprensión del mundo entero, incluidos, por supuesto, los periodistas. De la sorpresa atroz, de la completa estupefacción, hubo que dar paso urgentemente a un cierto enfriamiento de cabezas para poder abordar la noticia con todo el profesionalismo del que se era capaz. Las asignaciones cambiaron radicalmente, la pauta original se desechó por completo y los editores, nerviosos, trataron de darle forma «informar» a un hecho literalmente inimaginable. Con la perspectiva que da un año y unos meses, Cuadernos de Información aborda la cobertura de ese día en los diarios metropolitanos y en las principales estaciones de radio y televisión: se trata de un buen examen a la capacidad de iniciativa y reacción de cada uno de ellos. También se revisa cómo han cambiado los lineamientos respecto de qué y cómo se cubre en el ámbito internacional, y la discusión que surgió entonces «y que sigue vigente» acerca de la censura y la autorregulación de los medios.

¿Cómo fue el 11 de septiembre en las salas de prensa chilenas?

La pauta para el 11 de septiembre de 2001 en los medios chilenos era predeciblemente parecida a la de los años anteriores. Como desde 1973, estaría dedicada casi por completo a la política y la crónica nacional. Habría incidentes entre los partidarios y los opositores al régimen militar, ceremonias en memoria de muertos y desaparecidos, llamados a la reconciliación... Entre los agregados de este año estarían los premios Grammy y discusiones sobre el divorcio, el desempleo y la «píldora del día después».

Pero ya a las 9 de la mañana, todo eso se había ido a la basura. Un hecho internacional (tan impredecible que sus imágenes eran más familiares para la audiencia del cine que para el público de las noticias) se había robado la primera plana y fue absorbiendo toda la energía de las salas de prensa locales.

En entrevistas con los editores y directores informativos de los principales canales de televisión, diarios y radios nacionales, queda claro que se trató de un desafío profesional sin precedentes. Había que explicarle a la gente lo que estaba pasando cuando en todo el mundo «[l]a sensación era de asombro y de estupor» (Mauricio Gallardo, *Las Últimas Noticias*). Había que enfrentar el dilema ético de elegir entre la avalancha de imágenes que llegaban, todas tan fuertes en lo informativo como en dramatismo (Marta Sánchez, *La Segunda*). Había que idear una fórmula adecuada que hiciera posible la información continua sin caer en repeticiones agobiantes, alarmismo innecesario (Patricio Ovando, *Cooperativa*), ni belicismo (Jaime Coiro, *Chilena*).

Se necesitó, más que nunca, enorme creatividad, trabajo en equipo y flexibilidad. No sólo había que trabajar una pauta informativa muy distinta a la planeada, sino que hubo que reorganizar la programación completa del día. Perdió sentido la asignación de periodistas por sectores. Por un día, al menos, casi todos compartían el mismo frente noticioso. Ninguno, sin embargo, podía acceder a él directamente.

Sorprende la lucidez con que cada medio echó mano a todo tipo de contactos para paliar, en lo posible, la falta de corresponsales chilenos que aproximaran la noticia al público local. Se multiplicaron las informaciones recogidas en medios internacionales y los despachos de personas que se encontraban en una posición más cercana a los hechos. Distintas tecnologías, desde la más tradicional agencia de noticias y el teléfono hasta

el cable, el teléfono celular, internet, y el email, se combinaron para recoger testimonios personales, opiniones de expertos a lo largo de todo el mundo, versiones norteamericanas más o menos oficiales, etc. La red informativa que encadena unos medios con otros se hizo más evidente que de costumbre. Las noticias llegaban, por ejemplo, desde CNN, el sitio web de The New York Times o de la BBC. Primero las transmitían la radio y la televisión. A través de ellas se enteraron gran parte de los editores y periodistas chilenos que a su vez, debían contar la noticia a su público. La competencia era tan intensa que los canales 13 y 7, por ejemplo, no pasaron ningún comercial hasta que se pusieron de acuerdo en cuándo y por cuánto rato interrumpir las transmisiones sobre el atentado.

La televisión tenía el monopolio de las imágenes. La radio pudo acompañar con mayor facilidad a los oyentes que quisieron mantenerse permanentemente al día («al minuto», en este caso). ¿Le quedaba algo por decir a La Segunda cuando salió a la calle a las 2 de la tarde? Que sus ventas se hayan triplicado resulta el mejor argumento para responder positivamente esta pregunta. ¿Y los diarios, al día siguiente? En general, según sus editores, tenían que apostar por el análisis, apoyándose en «la avidez de la gente por saber más y más» (Juan Pablo Illanes, El Mercurio). Al parecer la apuesta fue la correcta. La sed de información era tal, que hasta la televisión terminó siendo «una aliada de los diarios, en el sentido de que cuanto más se ve, más se lee a la mañana siguiente» (Cristián Bofill, La Tercera).

El testimonio de los editores de medios chilenos no sólo da cuenta del enorme desafío que enfrentaron, sino de un resultado en general bastante victoriosos. Hablan de alzas en el rating y en el número de ejemplares, de golpes de suerte, análisis acertados, inteligencia en la toma de decisiones, capacidad de improvisación y de trabajar en equipo.

La Tercera: Un título no tenía sentido

A las 9:03, cuando iba entrando al edificio del diario La Tercera, su director, Cristián Bofill, tuvo una exacta idea de cómo sería su día de trabajo. En Nueva York, donde los relojes marcaban esa misma hora, el vuelo 175 de United Airlines, con 56 pasajeros y siete tripulantes, se estrellaba contra el edificio norte en el complejo de las Torres gemelas. El horror y la envergadura de los acontecimientos hicieron que sacara una conclusión periodísticamente inapelable: «Todo lo demás se iba a la basura».

Como cada vez que ocurre una noticia de proporciones (aunque es difícil imaginar una análoga a ésta) se convocó a un «comité de crisis», que encabezó Bofill, y al que se incorporaron lo que llama «la élite de los editores» (política, información general, reportajes, internacional) además del director de fotografía y el grupo de infógrafos. «La clave», dice convencido el director de La Tercera, «es el trabajo en equipo».

Ese día, se concentró en los artículos relacionados con los atentados y ni siquiera participó en el cierre de las demás páginas, 18 de las 60 que llevaría la edición del día siguiente, en las cuales, además de las carteleras de cine y televisión, se publicaron breves notas de espectáculos, cuatro artículos sobre deportes y algunas noticias nacionales, incluido el despacho de la reforma laboral en el Congreso y el inicio de la venta de la «píldora del día después».

Las otras 42 páginas aparecieron íntegramente dedicadas al hecho, considerando las noticias propiamente tales, las columnas, los análisis, las fotos y las infografías (una sobre las características de las Torres Gemelas y otra, a doble plana, sobre los atentados mismos y sus consecuencias).

«Era una oportunidad para La Tercera», dice Bofill, justificando el despliegue informativo. La idea era «tratar de ampliar el espacio que ocupa el diario en la sociedad y tener más influencia. Queríamos hacer la mejor cobertura del periodismo escrito: proporcionar orden y análisis».

Esto último resulta evidente al revisar la edición del día 12 de septiembre, donde se publicaron cinco extensos artículos ensayísticos, todos producidos en Estados Unidos, porque el equipo tomó deliberadamente la opción de obviar las interpretaciones hechas puertas adentro: «Para estos efectos, Chile era irrelevante».

Los chilenos Roberto Ampuero, residente en Iowa, y Patricio Navia, investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Nueva York, se sumaron al ex secretario de estado norteamericano Henry Kissinger y a los columnistas del Washington Post Robert Kagan y Jim Hoagland, en procura de dar con una interpretación para el fenómeno. A ello hay que agregar lo que Bofill hace notar como un acierto: «Al día siguiente fuimos el único diario que salió con Samuel Huntington». Se refiere, claro está, a «El choque de civilizaciones y la reformulación del orden mundial», obra de ese autor norteamericano, tantas veces citada como clave de explicación en los días posteriores a los atentados, uno de cuyos capítulos fue publicado en la edición del 12 de septiembre de La Tercera.

La envergadura de los hechos hizo que el diario se viera obligado a hacer algo que en él, como dice su director, «no es anormal, pero tampoco es habitual»: titular con una noticia internacional. Y como para refrendar lo que afirma, recuerda entre los más notables casos recientes, las elecciones de Bush y de Toledo, por ejemplo, que fueron objeto del principal titular.

La foto para la primera página del día 12 de septiembre fue cambiada en el transcurso del despacho. La que se imprimió en la primera edición es la misma que apareció en Las Últimas Noticias, en tanto que la que figuró en la edición principal fue hallada a las dos de la mañana del mismo 12. Corresponde a una toma captada por el fotógrafo Spencer Platt, de Getty Images, una agencia que el diario no utiliza

frecuentemente, y que muestra el impacto que produjo el segundo avión al estrellarse en la Torre Norte. Al mismo tiempo se tomó la decisión de no titular, en el sentido de dar cuenta verbal de un acontecimiento. Simplemente, con letras caladas blancas sobre un rectángulo negro, La Tercera imprimió «Nueva York, 9.03 AM, martes 11 de septiembre de 2001». «Un título no tenía sentido», concluye Bofill, y trae a colación un recuerdo que sirvió de inspiración para esa primera página. Cuenta que en 1982, cuando ejercía la profesión en Sao Paulo, con ocasión del campeonato mundial de fútbol de ese mismo año, Brasil perdió por 3-2 frente a Italia. En su edición siguiente, el Jornal da Tarde publicó la foto de un niño llorando con un banderín brasileño en la mano, acompañada de la sola referencia al lugar y la hora de la derrota. Desde entonces, reconoce, quería hacer algo como eso.

Junto con lo que veía como una posibilidad de ampliar su base de influencia, el equipo del diario identificó un desafío, el de dar más que la televisión. Sobre ese punto, Bofill tiene una postura ambivalente: «Por un

lado, eso era tremendo, porque nunca vi una cobertura televisiva tan sistemática. Por otro, la televisión es una aliada de los diarios, en el sentido de que cuanto más se ve, más se lee a la mañana siguiente».

Eso, una vez más, quedó de manifiesto: «Hicimos un cálculo conservador de 35% de aumento de las ventas y a las 11:00 de la mañana el diario ya estaba agotado. Sólo ocho días después volvimos al tiraje normal».

Eliana Rozas O.

El Mercurio de Santiago: Una apuesta por la avidez de la gente por saber más y más

El 12 de septiembre era un día especial para El Mercurio. El diario que circulaba ese martes inauguraba el rediseño de Mario García, uno de los nombres más importantes en esta materia a nivel mundial. Pero los cambios iban más allá del nuevo rostro. La propuesta ya implicaba lenguaje y contenidos nuevos. Lo que no estaba planeado era que justo el día previo al lanzamiento del «nuevo» El Mercurio «aquél sobre el cual el diario del día 12 debía hablar» fuesen derribadas las Torres Gemelas de Nueva York. «Es la noticia más importante que me ha tocado cubrir, además del 11 de septiembre de 1973», comenta el director responsable, Juan Pablo Illanes.

Cuando supo de los atentados en Nueva York, Illanes participaba en el desayuno de lanzamiento del libro El amor en los tiempos del cambio, de Eugenia Weinstein. No dijo nada, pero apenas terminó el evento corrió al televisor. Y en eso estuvo toda la mañana: informándose a través de la CNN y la Televisión Española. La impresión no permitía aún pensar en cómo saldría el diario al día siguiente. A esa hora sólo importaba tratar de averiguar cómo estaban los conocidos en Estados Unidos.

Hacia el mediodía, cuando la situación comenzó a clarificarse, vino la hora de las decisiones. Algunos, señala Illanes, postularon postergar el rediseño para evitar confundir a los lectores. Sin embargo, la idea se descartó rápido y, con Mario García a la cabeza, se comenzó a trabajar en varios diseños de primera página. Finalmente, el director, Agustín Edwards, e Illanes optaron por publicar una foto prácticamente a toda página. La imagen, proveniente de The New York Times, mostraba las Torres gemelas incendiándose y fue la misma que utilizaron otros 6 ó 7 diarios en el resto del mundo.

«Nos decidimos por lo más impactante, no en un afán sensacionalista, sino para tratar de recrear el impacto de manera que cualquiera que viese la portada pudiese sentir el eco de lo que pasó... de lo que nos dejó sin palabras». Pese a que había conciencia de que los lectores ya estaban informados de los hechos y de que seguramente habían visto la misma imagen en las pantallas de televisión, se apostó a «la avidez de la gente por saber más y más» de un hecho sin precedente.

Alrededor de las 7:00 u 8:00 de la tarde, reunidos en la oficina del editor de informaciones, Eduardo Chaigneau, Illanes y el subdirector, Felipe Edwards, discutieron el título de la portada. La palabra «terror» pareció central, ya que se trataba de un ataque destinado a provocarlo. Había sido aterrador tanto para los protagonistas como para quienes lo habían visto por televisión. Y de acuerdo con la nueva forma de hablar que se había pensado para El Mercurio renovado, Chaigneau tituló: Aterrador Ataque a EE.UU.

Ardua fue la tarea de seleccionar entre el «mare mágnum de acontecimientos e informaciones» que llegó a través de los servicios informativos del diario. Cruciales en este proceso resultaron los indicios entregados

por The New York Times, que estaba en una posición estratégica, y The Wall Street Journal para saber dónde buscar y cómo se vivía la noticia en el lugar de los hechos. Ese primer día, el flujo informativo venía del propio Estados Unidos.

En los días siguientes «se miró a Europa», dice Illanes, para analizar, buscar explicaciones y responsables, aunque desde el primer momento se barajó la posibilidad de que el causante fuera Bin Laden por su responsabilidad en los atentados anteriores a las embajadas norteamericanas en África. Pero las decisiones periodísticas más difíciles se dieron a la hora de informar sobre las víctimas. Para Illanes, el gran dilema ético que enfrentó el periodismo, y en especial la televisión, fue dar u omitir imágenes de los llamados jumpers, es decir, las personas que saltaron al vacío desde las torres.

Según Illanes, los acontecimientos del 11 de septiembre mantuvieron un efecto a largo plazo en la pauta. «Lo internacional está penetrando todo», dice. Por eso, hoy parece particularmente difícil categorizar un hecho de manera de ubicarlo en una determinada sección: en la sección política o económica, en nacional o internacional.

Francisca Alessandri C.

Las Últimas Noticias: ¿Para qué necesita adjetivos un hecho como éste?

El día 11 de septiembre, a las 9:00 de la mañana yo estaba en un café y de repente empezó a sonar el celular. En el lugar, alguien prendió el televisor y vi las consecuencias del primer choque. Confieso que tengo un problema de aproximación. En una primera versión siempre creo se trata de exageraciones. Esa vez me pasó lo mismo. Pensé que se había accidentado una avioneta. Y entonces vino el segundo impacto», recuerda Mauricio Gallardo, editor de Las Últimas Noticias.

En el diario suele haber una primera reunión de pauta a las 11:00 de la mañana. Ese día se hizo a las 12:30. Normalmente, cuando se produce una noticia importante se nombra a un coordinador general, en quien se delega toda la responsabilidad operativa. «El 11», dice Gallardo, «nombré a dos encargados: uno de Internacional y otro de Deportes; éste último con una amplia experiencia en edición general. Había que hacer un enorme esfuerzo para combinar los espacios, los contenidos, los géneros... Fue todo tan confuso que casi no me acuerdo. Todos estábamos superados. Empezaron a llegar imágenes. Eran tan impactantes... Yo hubiese publicado sólo fotos».

La versión del diario en internet de ese 11 de septiembre ofreció una amplia galería de fotos del atentado desde el primer momento y la audiencia electrónica se disparó. «No me gustó la portada de internet. La encontré sobreadjetivada. ¿Para qué necesita adjetivos un hecho como éste?», cuestiona Gallardo.

La principal reunión de pauta en Las Últimas Noticias es todos los días a las 4 de la tarde. Ese día también. «Veíamos en televisión la cadena CNN. A las 4:00 empezamos a ordenar la pauta por escenarios y ciudades. Era una noticia global, pero quisimos aterrizarla. Junto con publicar las víctimas de la masacre en Nueva York, el último mensaje por celular del pasajero del vuelo de United Airlines poco antes del vuelo de United Airlines poco antes de estrellarse y las reacciones del presidente Bush, hablamos también de José

Arenas, un chileno que se salvó por milagro de morir en el Pentágono. Pensamos que era lo que nuestro público quería saber».

Según el director del matutino, este diario se define por su practicidad: «Había que explicar a los lectores qué eran y qué significaban las Twin Towers, qué pasaba con United Airlines, quiénes son los musulmanes, o de dónde venía Osama bin Laden. Ese día nadie en Chile, y creo que en ninguna parte, podía explicar lo que estaba pasando. La sensación era de asombro y de estupor. Ahora, con una cierta distancia, me siento orgulloso de la sensatez que demostramos. No caímos en exageraciones y nos centramos en los hechos».

A las 7:00 de la tarde se decidió la portada. «El resultado final no se debió a una decisión solemne. Todos buscábamos una foto que combinase lo extraordinario del acontecimiento visto desde una perspectiva cotidiana. Queríamos dar protagonismo a la gente. Al día siguiente la imagen de las torres ya iba a estar desgastada, pero ¿qué había pasado con la gente?» Sobre la base de ese criterio se descartó publicar en la primera página la foto escalofriante de una persona cayendo al vacío desde una tremenda altura. Se optó por otra que mostraba la huida de cientos de transeúntes tras uno de los desplomes.

«Yo había pensado en un título. Algo así como: USA en pánico. Pasó por mi oficina el editor de documentación y me dijo: «Es pésimo». No le hice caso. Después vino Agustín Edwards y me dijo: «Tengo un gran título». Propuso algo así como Cambió el mundo. Trabajamos sobre esa idea y al final se llegó a un acuerdo. Publicamos El día que cambió el mundo. El editor de fotografía acotó: «Es el afiche de una película». Recordé que en la contraportada llevábamos una crónica titulada El cine predijo la pesadilla, y en ese momento sentí que el diario se estaba armando».

Mar de Fontcuberta

La Nación: La información que llegaba era tan hegemónica que no había nada que contrastar

Acostumbrado a llegar al diario a las 8:00 de la mañana Guillermo Hormazábal, entonces director de La Nación, leyó los diarios, revisó internet, estudió la pauta de la UPI y escuchó Radio Cooperativa. Dieciocho minutos para las 9:00, escuchó a Sergio Campos que hablaba de una avioneta que acababa de chocar contra una de las Torres Gemelas de Nueva York. Un accidente, pensó el director de La Nación.

A las 9:05 comenzó la reunión de pauta del diario. Uno de los periodistas llegó con la información de otro avión que chocó contra la segunda torre. Se instalaron todos frente al televisor. Fue entonces cuando le tomaron el peso al alcance de los acontecimientos.

«Se acabaron los otros temas», recuerda Hormazábal. Transcurridas algunas horas, hubo otras dos reuniones con los editores para volver a analizar la información recibida. «Estábamos todos atónitos, al igual que el resto del mundo», confiesa el director. «La información era tan hegemónica y aplastante, que optamos por seleccionar sólo la más significativa. No había nada que confrontar. Tampoco entregamos un contexto en ese momento».

De las 48 páginas que tiene habitualmente el diario, ese día se destinaron las primeras 14 al atentado (lo usual eran tener una o dos páginas para noticias internacionales). En 12 de ellas, se publicó información de las agencias, testimonios de gente vinculada a los hechos y la posición del gobierno chileno frente a los

atentados. Las otras 2 páginas estaban enteramente dedicadas a fotografías de los sucesos de ese día en Estados Unidos.

Entre las 5:00 y las 6:00 de la tarde se tomó la decisión de que la portada del 12 de septiembre fuese entera para esta noticia, ilustrándola con la foto de las torres impactadas. En el título principal se leía Conmoción Mundial. Le seguían seis bajadas precedidas por «Estados Unidos en pie de guerra». La venta del diario ese día aumentó en un 10 por ciento, aproximadamente.

Internamente, se reforzó la dotación de periodistas para ampliar la sección internacional y se aumentó el número de páginas. Con la primera represalia de Estados Unidos aumentaron las páginas de internacional a 6, para volver, días más tarde, a 4. Hasta el 17 de septiembre, todo lo referente a la noticia del atentado ocupó el título principal de portada.

En cuanto a la orientación de la información, Hormazábal explica que pasados los tres primeros días, se comenzó a resaltar otro tipo de mensajes, como las voces del Papa y de la diplomacia, y la importancia del diálogo.

Pasado el tiempo e imaginando poder volver atrás y alterar sus decisiones del día 11, Hormazábal cree que le dedicaría aún más páginas a las imágenes: «La buena foto ha ganado mucho terreno».

María Soledad Pinochet R.

El Metropolitano: ¿Qué película de Bruce Willis es ésta?

Estábamos en reunión de pauta, como siempre, poco después de las 8:30 de la mañana. Todos los días a esa hora tenemos prendido el televisor con la CNN, pero mudo», cuenta Pilar Vergara, editora de servicios informativos del vespertino La Segunda. «¿Qué película de Bruce Willis es ésta?», le pregunté a la Ana Josefa [Silva, editora de espectáculos] cuando vimos las imágenes de lo que se pensó había sido el choque de una avioneta contra una de las Torres Gemelas. Con el segundo avión, nos dimos cuenta de que había sido un atentado terrorista».

Hasta entonces, para la edición de ese 11 de septiembre no se esperaba mucho más que algunos neumáticos quemados. En pauta estaban el desempleo, el debate sobre la ley de divorcio y la entrega de los premios Grammy de la televisión norteamericana.

«Estábamos golpeados por el hecho. Teníamos la sensación de que esto no podía ser, pero sabíamos que teníamos que trabajar fuerte y ágilmente», dice Vergara. «Los editores de secciones se volvieron a reunir a las 9:30 y decidieron hacer una edición especial y poner un folio en las páginas: Ataque a EE.UU.».

Se optó también por hacer la portada a doble página con una gran foto. «El título «Monstruoso ataque terrorista a EE.UU.» tuvo una connotación a propósito. El hecho no era neutral. Le agregamos el epígrafe 'Vulnerabilidad de la nación más poderosa convulsiona al mundo entero' para entregar una idea que hiciera reflexionar».

Además, se enfocó la noticia desde diversos puntos de vista: mercados, deportes, espectáculos, y no sólo desde la perspectiva internacional y política. En todas las secciones se reflejaron las repercusiones del hecho.

Tras los atentados, los reporteros se dispusieron de inmediato a consultar a expertos chilenos en temas internacionales, política y guerra para que explicaran los sucesos. Pese a que la red telefónica a Nueva York estaba colapsada, lograron hacer un par de llamados para conseguir la reacción de testigos de los atentados. «Aparte de los despachos de nuestras corresponsales en Nueva York, varios chilenos se convirtieron en corresponsales y hubo un acuerdo de consulta continua con ellos», dice Víctor Carvajal, jefe de informaciones del diario.

La edición del 11 mantuvo el número habitual de páginas, 44, porque la amplia cobertura a los atentados terroristas se realizó a costa de las páginas destinadas a otros temas. A partir del día siguiente, sin embargo, se aumentó el número de páginas a 52 para incluir suplementos especiales enfocadas en la crisis mundial. Además, se generó una discusión sobre ciertos términos en la redacción de los textos. «Primero decidimos quién es quién, definimos lo que es musulmán, el fanatismo. Quisimos no mezclar el terrorismo con el Islam como cosmovisión, y separar el tema de Palestina del de Bin Laden», dice la editora Marta Sánchez. La publicación de fotos, a la que se dio una amplia cabida, fue otro tema bastante discutido. Por un lado, se reconocía su gran valor y fuerza informativa, pero también, las implicancias éticas de mostrar a los heridos y la destrucción.

La hora de venta del diario en la calle el martes 11 fue crítica. «No podíamos cerrar tarde porque todos conocían la noticia. Antes de las 2:00 el diario salió a la venta», señala Vergara y recuerda que «el tiraje casi se triplicó y el diario se agotó; la gente quería tener un registro en sus manos».

Fueron días de mucha tensión y actividad sin descanso. Por varias semanas se extendieron los horarios de trabajo y se puso especial énfasis en el trabajo en equipo. En la tarde del mismo 11 se armaron los grupos que se encargarían de una serie de ocho números de un suplemento especial sobre los acontecimientos. El propósito era entregar información elaborada en el diario, en vez de reproducir la de medios extranjeros. «Queríamos un suplemento con perspectiva histórica. Eso retrata bien a La Segunda: es importante la noticia del día y también la proyección, el anticipo», dice Vergara.

Entre los logros de la cobertura de todo ese período, la editora de servicios informativos destaca que La Segunda fue el primer diario chileno en mencionar a Osama bin Laden y en referirse a éste como el ataque en suelo norteamericano más importante desde Pearl Harbor. También se adelantó en sugerir que el combate al terrorismo debía ser un esfuerzo de escala mundial.

Cristóbal Edwards C.

La Cuarta: Un día silencioso

Ese día tituló Elena. La empleada doméstica se quedó paralizada frente a la pantalla del televisor que ya mostraba a la familia de Diozel Pérez la segunda de las Torres Gemelas en llamas. La exclamación le salió del alma: «¡Dios mío!». A Pérez, que es director de La Cuarta y todavía estaba en su casa, le cayó la chaucha enseguida: estas palabras las tenían que haber pronunciado miles de personas alrededor del mundo. Partió al diario con el que sería el título del día siguiente, algo que siempre se decide cerca del cierre, alrededor de las seis y media o siete de la tarde.

Cuando llegó, encontró a los «ágiles de la prensa», como ellos mismos se hacen llamar, inusualmente callados. En un ambiente donde los reporteros acostumbran a conversar a viva voz, en el que todo se puede festinar y la talla está siempre a flor de labios, «ése fue un día silencioso», dice Pérez. «Es que la cosa fue tan terrible, tan impactante, que nadie estaba de ánimo para contar el chistecito».

Pérez dispuso que un equipo de siete reporteros prepararan igual número de páginas sobre el tema. A los que ya estaban en la calle se les comunicó por radio que debían buscar reacciones aquí en Chile.

Altamente peligroso

La sección de noticias internacionales de La Cuarta se llama La vuelta al mundo, a ella se dedica una o dos páginas, y no tiene un responsable permanente: entre el equipo de redacción se turna el despacho de cada día. Aunque en el resto del diario lo común es traducir al chileno prácticamente las mismas noticias que cubre el resto de los medios (Cuadernos de Información N°14), con las que vienen de afuera el criterio es distinto: aquí los cables se titulan con el estilo del diario «no es raro ver que, cuando se trata de Oriente, por ejemplo, se cambian las erres por eles», pero sus textos se reproducen tal cual.

«Ésa es una decisión mía», afirma Diozel Pérez. Yo, como lector, le doy más crédito a una noticia que está escrita directamente desde el lugar, desde el país, y no si es como nacional. Le doy más crédito a lo que venga directamente de allí. Y a pesar de los hechos del 11 de septiembre de 2001, ese criterio se mantuvo. «¿No lo resintió?

«No, porque justamente ése era un día delicado. Algunos periodistas habrían tendido a usar palabritas, terminología del estilo habitual, que no correspondían para nada. Habría sido un desacierto si se nos pasaba algo al editor o a mí... Era altamente peligroso.

Aparte del título, lo único «de casa» que hizo La Cuarta ese día, en términos editoriales, fue una cronología, que, a diferencia del resto de los diarios nacionales, puso en la portada. La foto que eligieron venía de Associated Press, la misma agencia que luego difundiría por todo el mundo a un lector en el Paseo Ahumada que desplegaba un ejemplar del diario con la frase de Elena: «¡DIOS MÍO!».

Ese título es uno de los tres que ha publicado La Cuarta con una noticia internacional en sus 17 años y el de mayor tamaño, seguido del que mereció el caso de Alto Hospicio: «HORROROSO».

El tamaño tiene impacto en la gente, asegura, Pérez: de hecho, la circulación del 12 de septiembre subió alrededor de un 10% respecto del miércoles anterior.

Gonzalo Saavedra

Radio Agricultura: Pauta en Jaque

Como siempre, el 11 de septiembre de 2001 empezó a las seis de la mañana en Radio Agricultura, cuando su director y conductor del programa «La mañana interactiva», Alejandro de la Carrera, ideaba la pauta del día junto al equipo periodístico. ¿Cómo hacer de este 11 algo distinto? Los pensamientos se concentraban en Chile. La intención era fortalecer el consenso y no promover la división. Mientras planeaban las posibles

entrevistas y notas, De la Carrera tuvo, una vez más, la experiencia de que en la radio nunca se puede pautear de un día para otro. Ese martes, la pauta recién pensada quedó obsoleta en un instante. Fue un llamado urgente desde el locutorio el que definió el tema de ese día y los siguientes. «Se me olvidó el ahora llamado 11 chico y todo lo que habíamos proyectado hacer», recuerda De la Carrera. Le pidió a Milton Millas y Pedro Carcuero, quienes conducían el programa deportivo matinal, que lo acompañaran en la transmisión de esa mañana. Un minuto después del primer atentado a las Torres Gemelas ya estaban en el aire hablando a sus auditores del impacto de lo ocurrido, entregando todos los detalles posibles, pero intentando no generar alarma.

A pesar del propósito, los 60 teléfonos de la radio no pararon de sonar. La gente quería información, especialmente sobre los chilenos que estaban en Nueva York y sobre los vuelos desde y hacia Estados Unidos. Pero las preguntas que se generaban entre los periodistas superaban en número a aquellas de sus auditores, de manera que decidieron bloquear 10 teléfonos para clarificar primero las dudas propias. El director de la radio no termina de agradecer el ojo que tuvo el gerente de la emisora cuando, sólo siete meses antes, propuso modernizar la infraestructura de la radio, dotando el locutorio de un terminal de internet y seis pantallas de televisión sintonizadas en CNN, BBC, VOA (Voice of America) y tres canales chilenos. «¡Otro habría sido el cuento si el atentado hubiera ocurrido antes, cuando teníamos un solo televisor, y fuera del locutorio!»

El apoyo tecnológico y el vasto conocimiento que tenían de Nueva York los tres periodistas que estaban transmitiendo contribuyeron en forma esencial al momento de orientar a los oyentes. Además Millas, que es piloto aéreo, captó inmediatamente que no se trataba de una avioneta, sino de un avión de guerra o de pasajeros. Cuando vieron otro avión acercarse a las torres contactaron a un periodista de VOA en Washington. «Consultamos, confirmamos, cortamos. Y, ¡se produjo el tercer atentado! Volvimos a llamar y no nos descolgamos más, lo que nos permitió una información directa permanente. No fue necesario hacer muchas rectificaciones, salvo cuando echamos abajo un cuarto avión, que nunca cayó», recuerda De la Carrera.

Cuando por fin Bush apareció en las pantallas de televisión, pasadas las diez de la mañana, De la Carrera lo describió: «Nunca habíamos visto un presidente de los Estados Unidos con el rostro tan golpeado. Parece derrotado, aplastado...».

Radio Agricultura transmitió sobre los atentados por nueve horas seguidas. A las seis de la tarde, De la Carrera le tomó el pulso a sus auditores y detectó que estaban saturados de oír sobre lo mismo, porque no había nuevos antecedentes. «Al público hay que respetarlo, y necesitaba un respiro», comenta como un médico que habla sobre su paciente.

«El día de los atentados y el siguiente, el 90 por ciento de la información se refería a Estados Unidos, incluyendo las reacciones en Chile ante el suceso», cuenta el director de Agricultura. Explica que ese porcentaje fue bajando paulatinamente pero que al mes de transcurridos los hechos, aún mantenían uno o dos contactos diarios con EE.UU. Bush, al igual que el secretario de Estado y el ministro de Defensa, hablaba

a diario y la radio estaba lista para interrumpir cualquier programa de modo de entregar esos mensajes en directo.

Soledad Irrarrázaval A.

Radio Chilena: Hacer triunfar la esperanza

El 11 de septiembre no sólo cayeron las Torres Gemelas del World Trade Center. Además lo hizo internet, una herramienta cada vez más usada en las salas de redacción. Incluso los sitios informativos con clave de acceso exclusivo quedaron bloqueados. Para Radio Chilena Solonoticias, con su esquema de all news radio nacido en las emisoras informativas AM estadounidenses y copiado por la CNN años más tarde, el problema no era menor. En el mare mágnun noticioso de esa fatídica e histórica mañana, una tecnología que varios creían obsoleta salvó el día: la vieja agencia de noticias conectada por línea telefónica dedicada.

El inconveniente tecnológico no implicó que Chilena se quedara de brazos cruzados, relata su entonces editor general Jaime Coiro. Todo lo contrario. A las 08:45 de la mañana, el conductor Alejandro Guillier hizo un alto para informar que una de las torres estaba en llamas. La interrupción —que se estimó iba a ser breve— se extendió hasta las 8 de la noche. Se cancelaron incluso las tandas de publicidad. Sólo cuando las noticias comenzaron a repetirse se volvió a la normalidad.

Fiel a su esquema programático de ciclos de noticias que se reactualizan cada diez minutos, Chilena de inmediato comenzó a informar sobre la base de lo reportado por las cadenas televisivas internacionales y el cable. Como casi todos los medios chilenos, no tenía periodista asignado en Estados Unidos. Pero una oportuna llamada telefónica a la reportera Cecilia Lagos en Nueva York solucionó esa carencia. Fue una decisión acertada, porque a los pocos minutos la flamante corresponsal pudo relatar en vivo cómo otro avión se estrellaba contra la segunda torre. Al rato colapsó también la conexión telefónica con Estados Unidos. En un principio, sólo se emitieron noticias. La urgencia era informar e informar. A mediodía pudo comenzar a trabajarse en el análisis de los hechos. El actual diseño programático de Chilena, que data de mayo de 2000, descansa sobre un vasto «colchón de fuentes» o expertos con facilidad de palabra que permiten interpretar y comentar las noticias. Aparte del nexo telefónico con Cecilia Lagos, se contactó a editores de diarios en Washington. En Chile, se recurrió a especialistas de la Dirección de Aeronáutica Civil y la Empresa Nacional de Aeronáutica, así como a políticos que conocían las ciudades atacadas. Los reporteros fueron de inmediato a cubrir la embajada de EE.UU., la cancillería y La Moneda.

En el estudio se juntó un trío de conductores capaces de contextualizar las informaciones que se iban produciendo: el politólogo Ricardo Israel, la especialista María Eugenia Morales y el periodista Abel Esquivel. Este último no sólo es el responsable de la programación de Chilena, sino que conoce Nueva York como la palma de su mano, según Coiro. Guillier, el conductor-ancla, debió dejar la emisora a las 10:30 de la mañana, pero despachaba permanentemente por celular.

A medida que transcurría el día, el colchón de expertos fue expandiendo los ámbitos de análisis: el mundo árabe, la situación del Medio y del Lejano Oriente, el posible impacto en la economía mundial. Al igual que

en otros medios, hubo especial cuidado en identificar las fuentes de las informaciones difundidas. Al menos eso aportaba alguna certeza.

Coiro recalca que Radio Chilena «que fue donada al Arzobispado a fines de los años 1950» es «una radio esperanzadora» y que, fiel a su condición católica, buscó dar una óptica lo más constructiva posible de lo que pasaba. Ese 11 de septiembre los medios estaban mostrando una pesadilla y, sin darse cuenta, se estaban convirtiendo ellos mismos en la gran pesadilla del día. «El tono de las 10 de la mañana, cuando las torres estaban ardiendo, lo fuimos cambiando a lo largo del día para no magnificar aún más las cosas. No queríamos caer en la espiral belicista».

Por eso, al día siguiente, la emisora convocó a psicólogos y orientadores familiares a comentar lo sucedido. La idea era exorcizar la pesadilla de las mentes de niños, jóvenes y familias chilenas, expuestos a un horroroso espectáculo televisado en vivo y en directo. En este sentido, Coiro recuerda lo que dijo uno de los expertos que participaron en las transmisiones de la emisora: varias moralejas podían extraerse de una civilización que depositó sus certezas en esas torres monumentales, convertidas en una gigantesca tumba de escombros humeantes.

Sergio Godoy E.

Radio Cooperativa: Reducir la incertidumbre en vez de alarmar

Cuando el primer avión se estrelló contra una de las Torres Gemelas estaba al aire Sergio Campos con El Diario de Cooperativa», cuenta el director de programación de esa emisora, Patricio Ovando. «En esos momentos había mucha incertidumbre, porque no sabíamos si era un aeroplano o un avión comercial, un accidente o un atentado. El atentado era una posibilidad real considerando que ese lugar había sido blanco de actos terroristas con anterioridad».

Campos seguía entregando datos sobre el primer choque cuando se estrelló el segundo avión. «A pesar de que no había ninguna información oficial, supimos que era un atentado y que la cosa era en grande», dice Ovando. En ese instante se decidió cambiar la pauta y toda la programación de la mañana para dedicarse exclusivamente a esta noticia.

Después del segundo atentado, la emisora cerró El Diario de Cooperativa e inició Por la Mañana en Cooperativa. Pero la presentación de este segundo programa no se alcanzó a llevar a cabo porque durante comerciales se produjo el atentado al Pentágono. «Ése fue un error de puesta al aire», explica Ovando, «ya que a pesar de que íbamos a seguir con el mismo tema, mucha gente pensó lo contrario cuando cerramos el programa». En vista del tercer atentado, se suspendió la publicidad «medida que se mantuvo prácticamente todo el resto del día» y se volvió al estudio con Sergio Campos, quien permaneció al aire hasta la una de la tarde.

Cuando se decidió dedicar toda la programación del día de Cooperativa al atentado a las Torres Gemelas, una de las primeras acciones fue redistribuir a sus periodistas. «Muchos de ellos tuvieron que volver a la radio porque había mucho trabajo de producción que realizar», explica Ovando. Como en Chile la fecha tenía significación propia, hubo reporteros que se quedaron en los lugares previamente asignados a cubrir la

pauta del día. Por último, se envió a periodistas a la embajada de Estados Unidos, La Moneda, cancillería, el aeropuerto, etc. Tenían que cubrir las reacciones locales frente a lo que estaba sucediendo en Nueva York. Ovando cuenta que alertaron a todos los corresponsales en el extranjero, vale decir, en Inglaterra, España, Medio Oriente y otros países europeos y americanos. La corresponsal más importante era la de Estados Unidos, que en esos momentos justo se encontraba en Nueva York. «Fue la primera que contactamos. De hecho, cuando hablamos por primera vez con ella, aún no estaba bien informada de lo que sucedía». Por la saturación de las líneas telefónicas, uno de los principales problemas en la cobertura era mantener el contacto con Estados Unidos. Había que recurrir al email para no perder las informaciones de la corresponsal. A juicio de Ovando, lo más difícil ante un hecho terrorista de esa magnitud, con transmisiones online, es la necesidad de responder una serie de preguntas en vivo y no contar con un minuto para un mayor análisis. «Teníamos un hecho, su historia, protagonistas, el drama humano, sus consecuencias y significado, el contenido local y la importancia para Chile, además de la incertidumbre que sentían las personas. Pero se planteaba la reflexión de cómo bajar esa información, ya que se puede optar por hacerlo en forma alarmista o no».

De acuerdo con el director de programación, el fin que se propuso la emisora fue disminuir la incertidumbre que generaron estos ataques terroristas. Por eso procuraron contar los hechos con la mayor objetividad posible y dentro de su contexto. Desde las 10:30 de la mañana el estudio recibió a expertos que analizaron las consecuencias de los atentados. Para aprovechar la rotación de público que se iba sumando a la sintonía, la emisora iba entregando nuevas informaciones y resúmenes noticiosos permanentemente. Y para hacer frente al problema de eventuales informaciones falsas que pueden surgir ante grandes emergencias, siempre se identificó a las fuentes informativas. «De esta manera entregábamos elementos de juicio al auditor para la valoración de los datos que estaba recibiendo».

María de los Ángeles Santolaya G.

Radio Bio Bio: Golpe a la uniformidad periodística

Para el jefe de prensa de la red penquista Bío-Bío, Nivaldo Mosciatti, la flexibilidad intrínseca a la radio hacía innecesario desmentir las informaciones inexactas que surgían ese 11 de septiembre desde el corazón herido de Nueva York y Washington. «En radio no se desmiente; se corrige», subraya Mosciatti. Es que, a diferencia de los diarios, «en radio no hay cierre. Es un proceso continuo».

Mosciatti habla con vehemencia itálica. Su familia es dueña de esta orgullosa emisora, líder de sintonía en el sur de Chile, que, a partir de 1997, ha osado desafiar a los todopoderosos medios capitalinos en su propio territorio. Su eslogan reza «Bío-Bío, la radio», como si ella sola representara la esencia misma de este viejo y noble medio de comunicación. Premisa de la Bío-Bío es que una radio informativa debe tener a sus reporteros en la calle, despachando la noticia de último momento y dispuestos a interrumpir el programa más venerable.

En el histórico 11 de septiembre del 2001, Radio Bío-Bío transmitió noticias sobre el acto terrorista ininterrumpidamente hasta las tres de la tarde. Como al inicio las informaciones eran confusas, se cuidó en

atribuir las informaciones a sus fuentes con la mayor exactitud posible. Según Mosciatti, había que sugerir siempre que: «ésta es la versión de tal o cual, esperaremos confirmarla a la brevedad». Comentaristas en el estudio contextualizaban el desarrollo del desastre. Pese al colapso de las líneas telefónicas, consiguieron testimonios de chilenos residentes en Estados Unidos y se contactaron con el consulado en Nueva York para informar sobre posibles víctimas de nuestro país.

En medio del afán urgente, en que la televisión mostraba una y otra vez las imágenes de los aviones estrellándose en una bola de fuego contra las torres, a la Bío-Bío le sirvió mucho tener convenio con Radio France. Al igual que la BBC, otra fuente que resultó indispensable, la cadena pública gala mantiene en todo el mundo un gran contingente de reporteros y de expertos para contextualizar las informaciones. Además, lo hacían en castellano. Así, Mosciatti pudo contar con información periodística de primera mano y en exclusiva desde Nueva York, Washington, Pakistán y Afganistán. (Por ejemplo la voz afrancesada de la corresponsal Johanne Sutton, asesinada meses después a inicios de noviembre junto a dos colegas en una emboscada afgana, comenzó a escucharse en Chile a través del 99.7 FM de Bío-Bío).

La influencia de una perspectiva europea, ejercida en Radio Bío-Bío gracias al convenio con Radio France y a la frecuente consulta a diarios italianos y españoles, permitió a la emisora responder con prontitud a lo que Mosciatti califica como el desafío más importante de ese día: salirse de la uniformidad periodística que imponían la CNN y la vocería norteamericana «unánime y totalizante». Así, mientras ningún medio estadounidense se preguntaba todavía cómo se había engendrado tanto odio hacia su país, la pregunta brotó casi de inmediato entre los expertos y periodistas europeos de Bío-Bío. El jefe de prensa recuerda cómo comenzaron en el acto a buscar explicaciones e incluso a recabar testimonios directos de musulmanes y de árabes.

Sergio Godoy E.

Canal 13: El valor de ser precavidos

El plan que el departamento de prensa tiene organizado para situaciones de emergencia sirvió de eje en la organización del trabajo del 11 de septiembre en Canal 13, cuando Jorge Díaz, editor general del equipo, y el director, José Manuel Álvarez, tuvieron que dirigir y coordinar varios programas y distintas transmisiones. «Estábamos por comenzar la reunión de pauta cuando el productor de turno nos llamó la atención sobre las imágenes del primer avión chocando contra la torre», cuenta Díaz. En ese momento, en La Mañana del 13 justo transmitían un comentario de Carlos Zárate, el redactor internacional de prensa. Zárate prácticamente no salió más de la pantalla debido a sus conocimientos en el área y su dominio del inglés. «Los productores del programa pincharon la imagen del avión humeante. Y cuando a los 18 minutos vino el segundo atentado, nos tomamos la transmisión y no la dejamos hasta el final de Teletrece.»

En la sala de control, Álvarez y Díaz se organizaron según el plan de contingencia que tienen preparado para cuando fallezca el Papa o Pinochet. Consiste fundamentalmente en que cada miembro del equipo asume ciertas tareas: unos se hacen cargo de la transmisión del día y otros de la producción de cada uno de los noticiarios, para respetar así la identidad de cada programa. Díaz recuerda cómo de esta forma y pese a

«la escoba» que había en el switch[□] lograron organizarse eficientemente. «Había una persona que daba las órdenes, el director que coordinaba, Carlos Zárate que traducía o conversaba con otros periodistas, un productor que organizaba los móviles y otro que hacía los llamados telefónicos. Así pudimos mantener la transmisión durante todo el día sin problema. Nunca nos quedamos sin algo que informar».

La cobertura se inició con una frenética e incesante seguidilla de llamados telefónicos. «Recurrimos a todos los contactos y teléfonos que nos daban y asignábamos a personas que hacían las veces de productores. En ese momento no había Internet, las fronteras estaban cerradas y no teníamos imágenes propias. Los amigos nos proveían de testimonios», cuenta Díaz.

En los canales de la competencia el trabajo era muy similar. Según Díaz, «al principio ninguno quería poner comerciales, hasta que Ricardo de la Fuente [director de programación de Canal 13] y Jaime de Aguirre [quien tenía el mismo cargo en Televisión Nacional] se pusieron de acuerdo en la hora y la cantidad de minutos en que interrumpirían sus transmisiones del atentado».

Hasta las 2 de la tarde hubo un panel periodístico en el estudio, reemplazando el programa misceláneo de Paulina Nin de Cardona. Ahí participaron comentaristas, periodistas y redactores internacionales. Algunos de ellos continuaron durante la tarde; otros fueron reemplazados. También fueron integrándose al panel algunos analistas que se encargaron de contextualizar lo que pasaba.

Además de estar al aire, a Díaz le tocó participar en la organización del reporteo: «Le pedí a Claudio Sánchez que partiera de inmediato a Nueva York, pero como no quiso, voló Jorge Hans, que estaba en el canal y tenía su pasaporte al día. Toño [Antonio Quinteros] estaba acompañando al Presidente en su gira a Londres, pero le pedimos que también se fuera a Estados Unidos. Partió a México, porque todos los aeropuertos ya estaban cerrados, y cruzó por tierra». En Dallas, el periodista tomó un avión rumbo a Washington. Ahí se le acabó el dinero que tenía en el bolsillo, de manera que fue ése el lugar al que finalmente se le asignó. Para Hans tampoco fue fácil llegar a destino. Viajó a Nueva York desde República Dominicana, donde debió esperar varios días hasta que los norteamericanos abrieron los aeropuertos. Previendo los hechos en Afganistán y la necesidad de enviar a alguien para allá, comenzaron a preparar a Alipio Vera, quien ya había estado reportando en esos lugares.

La evaluación del editor general del departamento de prensa es positiva [□]entre otras cosas porque «todos pudieron participar de la gran noticia»[□], pero también crítica. «Yo califico la transmisión como 'buena', no 'excelente'. La gente respondió y hubo voluntad de trabajar y hacer las cosas bien. No fue excelente porque faltan ajustes». Ejemplo de esos pequeños inconvenientes es que el departamento de prensa, que había estado a cargo de la cobertura durante todo el día, no pudo hacerlo durante la noche. Fueron los profesionales de Contacto los que tomaron las funciones. «Es una falla de coordinación interna que no hemos logrado superar».

Soledad Puente V.

TVN: Asumir el riesgo de informaciones que no se podían confirmar

El 11 de septiembre de 2001 empezó como un día cualquiera para Mauricio Bustamante. Llegó a Televisión Nacional (TVN) a las seis de la mañana. Entre las 7:00 y las 8:00, condujo la primera edición del noticiero de 24 Horas y se retiró a la sala de editores para preparar el boletín de las diez de la mañana. Como cada año, esperaba una jornada marcada por noticias de las marchas, romerías y conmemoraciones, del 11 chileno, el de 1973.

Una de las cuatro pantallas en la sala de prensa estaba sintonizada en CNN en inglés, pero sin volumen. «Faltaban minutos para las nueve y yo veo de reojo los monitores y veo que hay un incendio en una de las Torres Gemelas. Lo primero que digo es 'se está incendiando, vamos al aire, es muy grave'», recuerda Bustamante. Junto con otros editores que estaban llegando para la pauta habitual de las nueve de la mañana, tomó la decisión de interrumpir la programación. Corrió al estudio. Sólo tenían las imágenes que llegaban de la CNN y los datos recogidos de la transmisión en inglés que indicaba que había chocado una avioneta. Le «pidieron pantalla» al director del Buenos días a todos, lanzaron la cortina característica y, once minutos después del primer impacto en las torres, Canal 7 salió al aire con la noticia.

Bustamante no imaginaba que ese Extra de 24 horas lo mantendría transmitiendo ininterrumpidamente hasta las tres de la tarde. Comenzó relatando las imágenes que llegaban en directo, apoyado sólo por un audífono conectado al audio de la señal de CNN en inglés y por su experiencia personal: «Para mí fue muy fuerte. Yo tengo familiares en Estados Unidos, yo había estado varias veces en Nueva York, tengo fotos en las Torres Gemelas y tenía conciencia de lo que estábamos hablando. Cuando cae la primera torre, el relato fue mucho más emotivo de lo que uno habitualmente hace. No recuerdo las frases textuales, pero hablé de 'tragedia', de 'desastre'. Cuando choca el segundo avión y lo registramos en directo, incluso antes de los medios norteamericanos (que fueron especialmente cuidadosos en la entrega de información) me la juego y digo que esto claramente no es un accidente, esto es un ataque».

Sin tener la posibilidad de comprobar por fuentes propias lo que efectivamente estaba ocurriendo, corrieron el riesgo de lanzar informaciones que no podían confirmar. Bustamante optó por arriesgarse. «Hubo información errónea también ese día y hay un debate que aún está abierto en Estados Unidos. ¿Qué pasó con este auto-bomba que habría estallado frente al departamento de Estado? ¿Qué pasó con el cuarto avión que se dijo que estaba perdido? Es un debate que en Estados Unidos aún no se cierra y donde se ha responsabilizado a los medios de comunicación, pero todos caímos en el caos».

No usaron información de las radios locales ni de los canales de la competencia. Y recién una hora después del primer ataque empezaron a manejar información de contexto: la historia de las Torres Gemelas, cuántos pisos eran, cuánta gente trabajaba ahí, cuándo se construyeron, etc. Por último, lograron establecer contacto con la red de corresponsales de TVN y se comunicaron por teléfono directamente con diversas fuentes, como los embajadores Andrés Bianchi y Juan Gabriel Valdés. Habían comenzado a generar información propia.

Naturalmente la pauta prevista para ese día «se fue a la basura». La jefa de prensa, Gema Contreras, y muchos de los editores, que se enteraron de la noticia «al aire», corrieron al canal para organizar el trabajo. Las primeras decisiones eran vitales: enviar equipos propios a reportear a EE.UU., reorganizarse

para armar los noticieros habituales, planificar un programa especial para la tarde y otro para las diez de la noche.

Bustamante cuenta que durante toda la jornada hubo discusiones en el canal respecto de cómo abordar el tema. «Reflexión tuvimos durante todo el día. En algún momento de la transmisión dijimos: 'Aquí no se están mostrando todas las imágenes' y en Estados Unidos defendieron esa opción, de no mostrar más drama del que ya estaba ocurriendo». Comenzaron a hablar de «terrorismo» y mencionaron a Al Qaeda y a Osama bin Laden relativamente temprano. Así y todo, eso fue en una etapa de reflexión posterior a la de cuando recién se supo la tragedia. «En la transmisión en la mañana era obviamente muy difícil ir reflexionando y a la vez, transmitiendo», explica el editor.

Más de tres horas y media después de iniciadas las transmisiones sobre el atentado, TVN y Canal 13 se coordinaron para hacer el primer corte a comerciales. Mantuvieron esta coordinación durante casi todo el día, excepto cuando TVN optó por emitir su teleserie nacional Amores de Mercado, en su horario habitual de las ocho de la noche. «Fue una decisión del gerente de programación y del director ejecutivo. En todo caso, yo entiendo que prensa estaba pidiendo un «aire» para preparar el noticiero de la noche ya que estábamos transmitiendo desde las nueve de la mañana», sentencia Bustamante. Esa transmisión de Amores de Mercado alzó el rating de TVN nítidamente por sobre los otros canales, llegando a una audiencia récord de 56 puntos a las ocho y media de la noche.

Después llegó el noticiero central de 24 Horas con una pauta exclusivamente dedicada a los atentados ocurridos en Nueva York. Durante una hora, sólo una nota relativa a una conmemoración del 11 de septiembre de 1973 se alejó de la noticia del día.

Según Bustamante, transmitir durante casi 11 horas continuas y haber liderado en índices de audiencia ese día, fue posible gracias a varios factores: «Primero, interrumpir las transmisiones para salir al aire con la noticia. Luego, interpretar y contextualizar los hechos que estaban ocurriendo y decir que fue un ataque, no un accidente. En tercer lugar, acercar los hechos a la audiencia chilena, desde poner en proporción un edificio de 100 pisos que en Chile no existe, hasta la preocupación por los chilenos residentes».

Rodrigo Moreno del C.

Chilevisión: La ventaja de una tradición analítica y de opinión

Uno se pegaba a la pantalla y todavía se negaba a aceptarlo. Era ver una ciudad humillada, como a un león al que le han cortado las orejas». Así recuerda el multifacético periodista y director Alejandro Guillier ese 11 de septiembre de 2001, director del departamento de prensa de Chilevisión.

En esa fecha la mañana había partido como de costumbre y Guillier estaba conduciendo el programa matinal de Radio Chilena cuando vio las imágenes de un incendio en las Torres Gemelas. A través de los monitores dispuestos en el estudio de la radio presenció, pocos minutos después, el choque del segundo avión y, cuando ya llegaba a Chilevisión, se desplomó la primera de las torres.

El impacto de los acontecimientos hizo trabajar intensamente al director de prensa durante un día en el que la televisión fue una protagonista importante. Recuerda que en las primeras horas privilegió la descripción

de los hechos, empleando la información que llegaba de las agencias internacionales y el cable, como CNN. Guillier considera que se hizo un buen trabajo, aunque piensa que a Chilevisión le faltó un corresponsal en terreno que pudiera aportar mayor proximidad. «La mirada de cualquier suceso noticioso es múltiple y, gracias a un corresponsal, uno puede tener una visión más nuestra».

Reconoce que no fue necesario editar las imágenes que llegaban del exterior, ya que en este tipo de casos, los medios norteamericanos se atienen rigurosamente a la política de no emitir secuencias de muertos o heridos. «Cuando se ha caído un avión es tan evidente que la muerte de sus ocupantes fue terrible que no es necesario mostrar la cabeza de un niño sangrando», explica Guillier.

Durante las primeras horas del 11 de septiembre, e incluso durante todo ese día, Chilevisión se centró en dar cuenta de los sucesos en sí. Más tarde, en los días siguientes, el canal comenzó a analizarlos con mayor profundidad. Guillier reconoce que al principio el público los abandonó para dirigirse a los canales con «más recursos», pero luego el noticiario central recuperó su rating. Dice que una vez pasado el asombro, al equipo que encabeza «acostumbrado a hacer periodismo de opinión» le fue fácil contextualizar los hechos. Este aporte de Chilevisión ha sido valorado otras veces por el público, dice Guillier, y por eso hacerlo en el caso del atentado a las Torres Gemelas no fue una excepción.

En este sentido, Guillier critica la labor de los medios de prensa escrita, ya que «se demoraron en reaccionar y pasó una semana antes de que hablaran de las consecuencias del atentado para el mundo». Según él, ello refleja un problema importante del periodismo chileno: «Hoy los periodistas son más serios y menos dados al sensacionalismo, pero les falta cultura para dar contexto. Existen buenos reporteros, pero no periodistas capaces de proyectar, analizar y contextualizar un suceso». Para este hombre de radio, televisión y prensa, superar esa debilidad en las generaciones futuras es una tarea urgente que deben enfrentar las universidades de nuestro país.

Luz Márquez de la Plata

Megavisión: Un llamado a no hablar de tercera guerra mundial

A penas tres semanas llevaba Óscar Medina trabajando como editor general de Meganoticias, cuando tuvo que enfrentar el quiebre de la pauta noticiosa del 11 de septiembre del 2001. Mientras dictaba clases en una universidad, un alumno le comentó que estaban atacando las Torres Gemelas en Nueva York.

Inmediatamente interrumpió sus actividades académicas de esa mañana y partió rumbo a Megavisión¹ con la radio del auto encendida. El celular sirvió para coordinar los primeros movimientos. «Luego se fueron tomando las decisiones lógicas», relata Medina.

Cuando el primer avión chocó contra la Torre Norte del World Trade Center, a las 8:45 de la mañana, ya había un equipo de prensa en el canal. Gracias a eso, y luego de realizar las consultas pertinentes al encargado del área, se pudo interrumpir la programación matinal para emitir un primer extra de la dirección de noticias y prensa. Medina afirma que fueron el segundo canal en dar la noticia. Cuando otro avión chocó contra la Torre Sur, a las 9:03 de la mañana, gran parte del equipo de periodistas de Megavisión ya iba camino al canal.

«Aquí hubo que crear de la nada, porque en Megavisión no tenemos un programa matinal que nos ayudara a estar al aire», dice el editor. Pasadas las 9 de la mañana llamaron a los conductores principales de Meganoticias, Juan Manuel Astorga y Maritxu Sangróniz, para que condujeran el extra de prensa que a esas alturas se había tomado la programación de la mañana.

La información que transmitían era la misma que aquella de la mayoría de los canales de televisión abierta del mundo, cuya principal fuente era CNN. Sin embargo, Megavisión quiso diferenciarse del resto mediante sus propios recursos periodísticos. «Muy pronto esa mañana nos enteramos por las agencias de que había posibilidades de que Israel fuera atacado, por lo que enviamos un equipo al Colegio Hebreo en Santiago. En la mañana el colegio fue desalojado, y tuvimos esa exclusiva», se enorgullece Medina. El estudio de prensa, una cámara habilitada en la sala de redacción, tres móviles y las imágenes aportadas por el satélite (de CNN y la agencia APTN) proveían al canal de siete señales para salir al aire y mantener un flujo constante de noticias acerca de los atentados.

Inmediatamente después de ocurridos los atentados, se reemplazó la pauta programada para ese día por la cobertura de las impresiones y consecuencias de los actos terroristas desde todos los frentes noticiosos del reporte diario. Cerca del mediodía, Medina se reunió con el director de prensa, Luis Salazar, para idear un especial informativo que, difundido antes de las noticias, tratara el tema desde una perspectiva cercana. La idea era abordar los efectos de los atentados en Chile. Los invitados al programa eran: un especialista militar, un israelita experto en terrorismo, una sicóloga (para que explicara los efectos de los atentados sobre la sociedad) y un especialista en conflictos internacionales. «Nuestra gran apuesta, con la cual ganamos en el rating en varios momentos de la tarde, fue incorporar el tema a todos los programas. Por ejemplo, a Hola, Andrea se trajo a una especialista para que explicara los sucesos de ese día».

A pesar de los logros, Medina subraya las dificultades que impuso el inglés: «Encontré que el idioma fue una cortapisa para reflejar fielmente lo que ocurrió. 'Oh my God!' decían. Claro. Pero no era '¡Chuuuta!'. Tú lo percibes distinto». En parte, Medina vio la traducción simultánea como un impedimento para sentir más cercana la noticia porque ella no hace posible transmitir los sentimientos de las personas: «Se pierde el impacto, el efecto del drama y el conflicto». Hablando del desafío de aproximar las noticias internacionales al público, Medina cuenta que «recién al tercer día de los atentados, cuando llegó allí el primer equipo de Megavisión, conseguimos un entrevistado chileno».

En líneas generales, la orientación fue no causar pánico y tener mucho cuidado con lo que se decía. «Las instrucciones para los conductores eran que evitaran hablar de tercera guerra mundial», explica Medina y añade que ni siquiera se aventuraron a dar cifras de víctimas.

Francisco Fernández M.